

¿HUBO ESTRATEGIA EN LA EDAD MEDIA?  
A PROPÓSITO DE LAS RELACIONES CASTELLANO-  
-MUSULMANAS DURANTE LA SEGUNDA MITAD  
DEL SIGLO XIII

por **Francisco García Fitz\***

En 1977, Bernard Guenée, tal vez el más importante especialista europeo en historiografía medieval, se veía obligado a discutir algunas afirmaciones tan extendidas como erróneas en torno al trabajo de los historiadores de la Edad Media, afirmaciones que sostenían que durante aquel período pudo haber narradores *naïfs* o cronistas, pero no historiadores en sentido estricto. Partiendo de un célebre ensayo de Peter Burke -*The Renaissance Sense of Past*-, en el que se aseguraba que los cronistas medievales carecían de sentido del pasado, de espíritu crítico y de interés por explicar las causas de los acontecimientos, Guenée demostró que, por el contrario, podían encontrarse ejemplos notables que evidenciaban la presencia de todo lo mencionado en las obras de carácter histórico compuestas por autores medievales. Para llamar la atención de sus lectores, el historiador francés se preguntaba en el título de su artículo: *Y a-t-il une historiographie médiévale?* La respuesta a esta interrogación era, lógicamente, positiva, y concluía afirmando que la pregunta que deberían hacerse aquéllos a quienes interesara el conocimiento del mundo y de la cultura medieval no era si existía o no historiografía en la Edad Media, sino cómo fue la que se desarrolló durante aquel período<sup>1</sup>.

---

\* Universidad de Extremadura. La presente comunicación se inserta en el proyecto de investigación PB 96-1531 de la D.G.E.S. sobre "Guerra y frontera en la Edad Media".

<sup>1</sup> GUENÉE, Bernard: "Y a-t-il une historiographie médiévale?", *Politique et histoire au Moyen Âge. Recueil d'articles sur l'histoire politique et l'historiographie médiévale*, Paris, 1981, pp. 205-219. El trabajo original data de 1977.

El historiador de la guerra medieval, al abordar el estudio de la estrategia militar, se encuentra en una posición muy parecida a la que hace veinte años se encontraba Bernard Guenée en su campo de investigación. Se ha negado tantas veces y desde ámbitos tan distintos la existencia durante la Edad Media de algo siquiera comparable a lo que normalmente se entiende por estrategia, que la interrogación que encabeza el título de nuestra comunicación sigue estando, a estas alturas, plenamente justificada. Desde luego, no se trata aquí de demostrar que los líderes políticos o militares medievales, en general, tuvieron *sentido estratégico*, sino de aprovechar un foro como éste, en el que se pretende analizar las relaciones peninsulares en el siglo de Alcañices y, en conexión con ello, los fenómenos de *reconquista* y de definiciones de frontera, para analizar la manera en que los dirigentes castellano-leoneses diseñaron su proyecto de expansión territorial frente a al-Andalus durante la segunda mitad del siglo XIII y esbozar algunos elementos de sus actuaciones que denotan la existencia de un claro planteamiento estratégico.

No obstante, conviene partir de algunas consideraciones previas en torno a determinados *lugares comunes*. Ciertamente, la respuesta negativa a la pregunta antes formulada tiene a sus espaldas una larga tradición y se encuentra con frecuencia en las obras de muchos historiadores militares y en la de más de un medievalista. Como muy acertadamente ha indicado Philippe Contamine las "*reflexiones sobre el arte militar han venido siendo, durante mucho tiempo, obra de historiadores que, preocupados por los procesos de larga duración, han intentado comparar el periodo medieval con la Antigüedad y con la época moderna. De forma casi invariable, han llegado a la conclusión de que el arte militar de la Edad Media había sido rudimentario, rudo (incluso inexistente)*", y como muchos de ellos se movían "*en las perspectivas de una enseñanza pragmática, utilitaria y destinada a futuros oficiales o a escuelas militares*", llegaban a la conclusión de que poco había "*en limpio que sacar ni que aprender del estudio de las campañas, de las batallas o de los asedios medievales. En resumen, ocurrió con la guerra el mismo fenómeno que con la historia del pensamiento filosófico, donde predominaba la idea de que entre la Antigüedad y el Renacimiento se habría intercalado un vacío de un milenio*"<sup>2</sup>.

La consecuencia de tales condicionamientos mentales sobre la consideración de la guerra medieval fue doble. De un lado, los historiadores militares volcaron su interés casi exclusivamente en el estudio de las principales batallas campales, es decir, sobre aquellas operaciones de las que, al menos *a priori*, pudieran obtener alguna

<sup>2</sup> *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984, p. 264.

enseñanza para el tipo de guerra que se realizaba en su propia época, ignorando todas las operaciones que no se enmarcasen en este tipo de encuentros. De otro, y en la medida en que las actitudes de una hueste medieval en una batalla dejaban poco margen para la enseñanza de unos ejércitos como los de los siglos XIX y XX, acabaron despreciando las formas de hacer la guerra de aquel período.

Así, por ejemplo, Charles Oman, uno de los historiadores que más influencia ha tenido en la configuración de la imagen tópica de la guerra medieval, afirmaba que la fase de la historia militar comprendida entre 1066 y 1346 fue una época en que la estrategia y la táctica padecieron un casi absoluto estancamiento. Su juicio al respecto no puede ser más ilustrativo de una forma de entender la guerra medieval: en su opinión, la organización feudal de la sociedad convirtió a todo noble en un guerrero, pero no en un soldado; la hueste feudal se conjuntaba con dificultad y por un corto período de tiempo, solía ser insubordinada por la ausencia de una clara jerarquía de mando e incapaz de maniobrar por falta de instrucción colectiva. En tales condiciones, sin cadenas de mando bien estructuradas, reconocidas y respetadas, y luchando contra el *vicio* permanente de la indisciplina, siempre era posible que, en algún momento crítico, una batalla se precipitase, una formación se rompiera o un plan fuera desconcertado por la temeridad de algún caballero que no escuchara nada más que la llamada de su propio valor; cuando la jerarquía militar se basaba en el prestigio social más que en la experiencia profesional, el noble de mayor rango se consideraba a sí mismo con título suficiente como para dirigir las operaciones, independientemente de su capacitación y experiencia. Desde esta perspectiva, su conclusión sobre los modos de hacer la guerra durante esta época no podía ser más que peyorativa:

*"When mere courage takes the place of skill and experience, tactics and strategy alike disappear. Arrogance and stupidity combined to give a certain definitive color to the proceedings of the average feudal host".*

Si todo ello era cierto al referirse a una operación determinada - la batalla campal-, más aún lo era al afrontar operaciones o movimientos de mayor envergadura y complejidad, como podía ser una invasión: en estos casos los ejércitos se movían en territorio enemigo no en función de la necesidad de tomar determinados puntos estratégicos, sino simplemente para quemar y destruir la tierra. Al no existir una administración logística, los recursos de los distritos afectados quedaban

pronto esquilados, de manera que los movimientos de los invasores estaban destinados más a garantizar su propia subsistencia, que motivados por la consecución de algún otro objetivo de largo alcance. Estaba claro, pues, que la estrategia - "*the higher branch of the military art*- era "*absolutely nonexistent*"<sup>3</sup>.

A pesar de que, más adelante, Oman rectificaría en cierta medida estas consideraciones tan radicales<sup>4</sup>, sus ideas han sido aceptadas y repetidas en numerosas ocasiones. Así, todas las apreciaciones de Hans Delbrück en torno a la guerra medieval parten del convencimiento de que las disciplinadas legiones de la antigüedad fueron reemplazadas por una clase guerrera que basaba su comportamiento militar exclusivamente en el valor y la habilidad del individuo<sup>5</sup>. Otro historiador militar y tratadista de la guerra, Basil Liddell Hart, participaba de la misma opinión que Oman cuando afirmaba que "*en el Occidente europeo, el espíritu bélico de la caballería feudal se mostró durante toda la Edad Media rebelde a toda teoría del arte de la guerra, aunque la obscuridad de su estúpido desarrollo se ilumine a veces con algunos fulgores brillantes*"<sup>6</sup>. El general Fuller, cuya obra también gozó de bastante difusión, coincidía plenamente con Delbrück y no dudaba en afirmar que en Occidente, al desaparecer la organización militar tras la caída del Imperio Romano, la bravura en su forma más primitiva se convirtió en el ideal del soldado<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> OMAN, C.W.C.: *The Art of war in the Middle Ages, a.d. 378-1515*. Revised and edited by John H. Beeler, New York, 1953, pp. 57-61. Se trata de una reedición de la primera obra de Oman sobre estos temas, publicada originalmente en 1884.

<sup>4</sup> En la segunda edición ampliada de su obra, publicada en 1924, no dudaría ya, por ejemplo, en hablar de *gran estrategia* al analizar las Cruzadas. No obstante, algunos de sus juicios críticos sobre la inteligencia de los líderes militares de Occidente se mantendrían, como demuestra en ese mismo capítulo, que a pesar del título no es sino una recopilación de errores estratégicos cometidos por los líderes cruzados, a los que acusa de desconocimiento del terreno, indisciplina, soberbia, improvisación, ignorancia de las tácticas empleadas por los turcos y carencia de una organización logística. *A history of the Art of War in the Middle Ages*, California, 1991, vol. I, pp. 231-269.

<sup>5</sup> DELBRÜCK, Hans: *History of the Art of War within the framework of political history*. Vol. III: *Medieval Warfare*, ed. J. Renfroy J.R., Lincoln and London, 1982, p. 649. La primera edición en alemán se publicó entre 1900 y 1936.

<sup>6</sup> LIDDELL HART, Basil H.: *La estrategia de aproximación indirecta. Las guerras decisivas de la Historia*. Barcelona, 1946, p. 97. La primera edición de esta obra data de 1929, pero el autor tuvo ocasión de revisar sus opiniones respecto a la guerra medieval en otras reediciones posteriores de su libro, de 1954 y 1967, pero no lo hizo. En 1991 se publicó una reedición de la de 1967, donde puede leerse la misma consideración que ha sido apuntada en texto. Véase *Strategy*, New York, 1991, p. 55.

<sup>7</sup> FULLER, J.F.C.: *Armament and History. A Study of the Influence of Armament on History from the Dawn of Classical Warfare to the Second World War*, London, 1946, p. 60.

Desde luego, la idea de que en la Edad Media no existió nada que fuera mínimamente comparable a lo que normalmente se entiende por estrategia y táctica ha sido ya ampliamente superada, pero quizás no sea casual que en una obra de reciente publicación, en la que se analizan las estrategias empleadas por las sociedades más diversas, desde la de los atenienses en la guerra del Peloponeso hasta la estrategia nuclear de los Estados Unidos, pasando por las de la China de los siglos XIV al XVI, no haya ni una sola palabra sobre la guerra medieval. Es verdad que los editores justifican las ausencias indicando que, cuando se pretende estudiar dos milenios y medio de experiencia humana, resulta imposible incluir todos los periodos, pero tal vez no deje de ser significativo que la única fase de la historia de Occidente sacrificada, a los efectos del análisis de la estrategia, sea la medieval<sup>8</sup>. Más explícitamente, en un recientísimo trabajo se sostenía, al describir los comportamientos de la caballería en enfrentamientos en campo abierto, que "*la batalla muchas veces carecía de estrategia, salvo la de matar los más enemigos posibles*"<sup>9</sup>.

Directamente conectada con esta impresión negativa, en virtud de la cual resultaría imposible aplicar el concepto de *estrategia* al mundo de la guerra medieval, se ha desarrollado la idea de que los líderes políticos y militares de aquel período, plenamente imbuidos de un supuesto *espíritu de la caballería*, habrían mostrado en todo momento un comportamiento contrario a cualquier encuadramiento disciplinario u organizativo. Llevados por un particular sentido del valor, del honor, de la proeza o de la hazaña personal, habrían ignorado las mínimas nociones de prudencia, oportunidad, inteligencia y planificación. En resumen, aquellos dirigentes militares se comportaban como guerreros, pero no como comandantes<sup>10</sup>.

Esta última consideración sigue teniendo bastante predicamento, no sólo entre los historiadores militares, sino también en el ámbito del medievalismo académico. Así, a lo largo de toda la sugerente biografía que Georges Duby dedicó a un gran guerrero medieval, Guillermo el Mariscal, subyace aquella idea, desvelada expresamente en las dos últimas páginas por el desaparecido y admirado medievalista francés, cuando afirmaba que Guillermo pudo elevarse tan alto en la escala social

---

<sup>8</sup> MURRAY. Williamson, KNOX, MacGregor y BERSTEIN, Alvin: *The Making of Strategy. Rulers, States and War*, edited by Williamson Murray, MacGregor Knox and Alvin Berstein. Cambridge-New York-Melbourne, 1994.

<sup>9</sup> ARVIZU. Fernando de: "La caballería como clase social y como forma de vida". en *Estudios sobre ejército, política y derecho en España (siglos XII-XX)*, coordinado por Javier Alvarado Planas y Regina M<sup>a</sup> Pérez Marcos. Madrid, 1996, p. 19.

<sup>10</sup> "The commendation of the age was, in short, the meed of striking feats of arms rather than of real generalship", OMAN, Charles: *The Art of War*, p. 61.

"gracias a este gran cuerpo infatigable, poderoso, hábil en los ejercicios de caballería, gracias a ese cerebro aparentemente demasiado pequeño como para estorbar con razonamientos superfluos el desarrollo natural de su vigor físico: pocos pensamientos, y cortos, un testarudo apego, en fuerza limitada, a la muy zafia ética de las gentes de guerra cuyos valores se resumen en tres palabras: proeza, largueza y lealtad"<sup>11</sup>. Hace pocos años, un historiador de la guerra, al reflexionar acerca de la costumbre de los comandantes medievales de tomar parte personalmente en los ataques, indicaba que con corazones de roble, aquellos líderes actuaban como si sus cabezas estuvieran hechas del mismo material<sup>12</sup>. La imagen más difundida -aquilatada por una larga tradición historiográfica y literaria- de uno de los más paradigmáticos monarcas-guerreros de la Edad Media, Ricardo Corazón de León, nos lo presenta como un caballero errante, desconocedor del valor de dinero y de las realidades políticas, ciego ante las necesidades de su reino, un sanguinario que actuaba por el mero placer de luchar y por el encanto de la victoria, un noble caballero que no habría llegado a comprender la relación entre finanzas y política, y que habría carecido de un interés práctico por la administración, un guerrero, en fin, cuyas campañas en Aquitania, en Tierra Santa y en Normandía habrían estado sólo motivadas por el amor a la guerra y a la aventura<sup>13</sup>.

Pero lo cierto es que éstas son imágenes sesgadas, distorsionadas por las fuentes cronísticas y por la literatura de la época, imágenes elaboradas para el consumo interno de una clase guerrera, en las que la élite social aparecía representada actuando tal como hubiera deseado si la realidad de la guerra no fuera muy diferente. Porque, en realidad, el resultado final de un conflicto en la Edad Media dependía de la hazaña y del valor de los individuos tanto como los de épocas anteriores y posteriores. Basta con profundizar un poco en la lectura de los relatos ofrecidos por los cronistas y con acercarse a la documentación contemporánea, para comprobar que, como siempre, era la interrelación entre los factores políticos, logísticos, financieros, organizativos y militares, la que determinaba el curso de las guerras. Y los líderes políticos medievales lo sabían y actuaban en consecuencia.

<sup>11</sup> DUBY, Georges: *Guillermo el Mariscal*, Madrid, 1985, p. 170. Una crítica muy clarificadora hacia la imagen de Guillermo que Georges Duby nos transmitió en GILLINGHAM, John: "War and Chivalry in the *History of William the Marshall*", *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Woodbridge, 1992, pp. 251-263.

<sup>12</sup> JONES, Archer: *The Art of War in the Western World*, New York-Oxford, 1987, p. 121.

<sup>13</sup> PRESTWICH, J.O.: "Richard Coeur de Lion: *Rex Bellicosus*", *Richard Coeur de Lion in History and Myth*, ed. Janet L. Nelson, London, 1992, p. 4.

A comienzos del pasado siglo, Carl von Clausewitz entendía que eran actividades estratégicas aquéllas conducentes a la combinación de unos encuentros con otros para alcanzar la derrota del enemigo, lo que implicaba que toda estrategia necesitaba de una planificación de los actos, movimientos y objetivos de cada campaña particular. En otras palabras, que desde el punto de vista de la tradición militar más asentada, cualquier estrategia requería la ordenación previa de todos los elementos disponibles, ya fueran éstos morales -capacidad de liderazgo del jefe, virtudes militares del colectivo, identificación de los individuos con los fines perseguidos-, físicos -magnitud de las fuerzas militares, composición del armamento...-, geográficos -conocimiento del terreno y su utilización como factor militar- o económicos -financiación, abastecimiento, logística...<sup>14</sup>. A partir de estas consideraciones, se ha extendido la idea de que el concepto de estrategia, aplicado al ámbito bélico, hace referencia a las operaciones destinadas a la preparación y reunión de los medios militares y a los modos de conducir un ejército hasta la presencia de una fuerza enemiga<sup>15</sup>. Por otra parte, a lo largo del siglo XX se han ido desarrollando diversas nociones del concepto de *estrategia* en las que se entiende, por ejemplo, que aquélla no sería sino "el arte de distribuir los medios militares para alcanzar los fines de la política"<sup>16</sup>, o "el arte que permite, con independencia de toda técnica, dominar los problemas que plantea en sí todo duelo... el arte de la dialéctica de las fuerzas, o aún más exactamente, el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto"<sup>17</sup>. Pues bien, cualquiera que sea la definición de *estrategia* que se adopte, desde la más restringida y técnica de Clausewitz hasta la más amplia o política de Beaufré, parece claro que las acciones de los líderes medievales permiten ser analizadas a la luz de este concepto.

Tres momentos del siglo XIII pueden servir para mostrar diferentes circunstancias que ilustran varias facetas de lo que podríamos denominar el *comportamiento estratégico* de los responsables castellano-leoneses en su abordamiento del problema fronterizo frente a al-Andalus, comportamiento que demuestra que en el pensamiento y en las actitudes

<sup>14</sup> CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*, Barcelona, 1976, pp. 121-122 y 201-268.

<sup>15</sup> Véanse las numerosas definiciones recogidas en la voz *Estrategia* por ALMIRANTE, José: *Diccionario Militar, Etimológico, Histórico, Tecnológico*, Madrid, 1869, pp. 454-476. Tales definiciones siguen estando vigentes en algunos manuales de formación de las Academias Militares, como la de West Point, véase al respecto MAY, Elmer C., STADLER, Gerald P. y VOTAW, John F.: *Ancient and Medieval Warfare*, New Jersey, 1984, p. XIII.

<sup>16</sup> LIDDELL HART, Basil H.: *Op. cit.*, p. 203.

<sup>17</sup> BEAUFRE, André: *Introducción a la Estrategia*, Madrid, 1965, pp. 28-29.

de los hombres de la Edad Media, la guerra era algo un tanto más complejo que un reparto indiscriminado de mandobles. Se han elegido situaciones de naturaleza muy distinta - la política general frente a los musulmanes llevada a cabo por Fernando III, el desarrollo del cerco de Algeciras practicado por Alfonso X, y la elaboración de un plan de conquista de esta mismo puerto, presentado ante Sancho IV-, y de efectos últimos muy diversos -éxitos territoriales notables, fracaso rotundo y falta de concreción, respectivamente-, a fin de demostrar que, independientemente del reinado, del carácter del hecho y del resultado final, la planificación, ya fuera política, ya bélica o financiera, estaba en la base de las actuaciones militares de los líderes políticos de la Edad Media.

1.- En primer lugar, las conquistas de Fernando III en el valle del Guadalquivir, realizadas entre 1224 y 1252, resultan extraordinariamente clarificadoras sobre las formas en que un dirigente político podía encarar un proceso de anexionen territoriales por medios que en absoluto estaban relacionados con los supuestos valores guerreros a los que antes hacíamos referencia<sup>18</sup>.

Por supuesto, la ampliación del espacio dominado por el reino de Castilla y León entre las dos fechas indicadas estuvo determinada por el desarrollo de una serie continuada de campañas militares de diversa entidad, en las que los cercos de grandes ciudades -Córdoba, Jaén y Sevilla- constituyen la fase final de largos periodos previos de guerra de desgaste realizada a base de incursiones y cabalgadas que erosionaban la capacidad de resistencia moral, económica y militar de los musulmanes<sup>19</sup>. Pero este conjunto de actividades bélicas de anexión y de desgaste tuvo su correlato en el ámbito estrictamente político: de la misma forma que la aplicación de la fuerza generaba ganancias territoriales directas o, en su caso, debilitaba a sus adversarios, las relaciones políticas con los musulmanes -alianzas, tratados u otro tipo de acuerdos más o menos coyunturales- servían al mismo objetivo que los enfrentamientos militares.

---

<sup>18</sup> Los acontecimientos relacionados con la conquista de Andalucía han sido descritos y analizados en diversas obras, siendo especialmente destacables las siguientes: GONZALEZ, Julio: *Reinado y Diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1986, vol. I, pp. 278-394; VIGUERA MOLINS, M<sup>o</sup> Jesús: *Los reinos de taifas y las invasiones magrebies (al-Andalus del siglo XI al XIII)*, Madrid, 1992, pp. 315-347; MARTINEZ DIEZ, Gonzalo: *Fernando III, 1217-1252*, Palencia, 1993, pp. 73-100 y 123-224.

<sup>19</sup> Sobre los planteamientos militares de los monarcas castellano-leoneses en relación con la conquista de al-Andalus, véase GARCIA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares, siglos XI al XIII*, Sevilla, 1998.



Por ejemplo, entre 1224 y 1226 Fernando III estuvo aliado con `Abd Allāh *el Baezano*, antiguo gobernador almohade de Sevilla y de Córdoba, apoyándole en sus pretensiones contra el califa almohade al-`Adil, lo cual significó para Castilla la incorporación de Salvatierra, Capilla, Borgalimar, Martos, Andújar y Baeza, entregadas todas ellas como contrapartida del auxilio militar castellano<sup>20</sup>. El caso resulta especialmente relevante cuando se piensa que con ello lograba introducir una cuña de dominio territorial en el alto valle del Guadalquivir que habría de servirle de plataforma para futuras anexiones, un proyecto en el que había fracasado su antecesor, Alfonso VIII, una década antes, a pesar de que éste contara a su favor con el desconcierto creado en al-Andalus tras la derrota de Las Navas de Tolosa. La comparación entre estos dos momentos, uno en el que las conquistas resultan imposibles a pesar de la aplicación masiva de la fuerza, y otro en el que se consiguen gracias al establecimiento de acuerdos diplomáticos y, por tanto, sin que el factor bélico tuviera una importancia determinante, demuestran hasta qué punto la guerra no era exclusivamente una cuestión de valor personal, sino también, y en mucha mayor medida, de inteligencia política.

Esta actitud de Fernando III no fue una excepción en su reinado: las diversas treguas y convenios militares firmados con el califa almohade Abū l-`Alā entre 1227 y 1229 frente al caudillo andalusí Ibn Hūd facilitaron a Castilla las conquistas de Garciez y Jódar, en tanto que otras pequeñas fortificaciones en las fronteras, que las fuentes no explicitan, tal vez entraron bajo soberanía castellana en virtud de tales

<sup>20</sup> *Chronique Latine des Rois de Castille, jusqu'en 1236*, ed. Georges Ciroit, Bordeaux, 1920, 46-50, p. 107-117 (en adelante **CLRC**); JIMENEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de Rebus Hispanie sive Historia Gothica*, cvra et studio Juan Fernández Valverde. **Opera Omnia**, pars I, **Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis LXXII**. Tvrnholti, 1987, Lib. IX, cap. XII (en adelante: **HRH**); *Crónica de España de Alfonso el Sabio*, en **Las cuatro partes enteras de la Crónica de Espanna que mandó componer el Serenissimo rey don Alfonso llamado el Sabio**, publicado por Florián de Ocampo, Valladolid, 1604, fols. 370r-373v. (en adelante: **Crónica de Espanna**); *Crónica de Veinte Reyes*, ed. Gonzalo Martínez Diez, César Fernández Alonso, José Manuel Ruiz Asencio *et alii*, Burgos, 1991, Lib. XIV, caps. VIII-XII, pp. 300-303 (en adelante: **CVR**); *Crónica Geral de Espanha de 1344*, edição crítica do texto português pelo Académico Correspondente Luís Filipe Lindley Cintra, 4 vols., Lisboa, 1951-1990, vol. IV, caps. DCCLXXXIV-DCCLXXXVII, pp. 367-375 (en adelante: **Crónica Geral de 1344**); <sup>c</sup>ABD AL MUN<sup>c</sup>IN AL-HIMYARĪ: *Kitāb ar-Rawd al-mī`tār Fī Habar al-Aktār*, edición y traducción de Lévi-Provençal, E.: *La Péninsule ibérique au moyen-âge d'après le...*, Leiden, 1938, pp. 73-77 (en adelante: **Kitāb ar-Rawd al-mī`tār**); IBN ABI ZAR': *Rawd al-qirṭās*, traducido y anotado por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1964, pp. 524-525 (en adelante: **Rawd al-qirṭās**); IBN <sup>c</sup>IDĀRĪ AL-MARRĀKUŠĪ: *Al-Bayān al-mugrib fī ijtiṣār ajbār muluk al-Andalus wa al-Magrib*, tomo I, traducción española de Ambrosio Huici Miranda, **Colección de Crónicas Arabes de la Reconquista**, vol. II, Tetuán, 1953, pp. 292-295 (en adelante: **al-Bayān.I**).

pactos<sup>21</sup>. La paz firmada entre Ibn Hūd y Fernando III en 1234 implicó la entrega de Iznatoraf y Santisteban<sup>22</sup>. En fin, el pacto de vasallaje firmado en Jaén en 1246 entre Fernando III y Muhammad I sería un factor fundamental en la incorporación de Alcalá de Guadaíra a la soberanía castellana<sup>23</sup>.

Si en los casos anteriormente citados los efectos de las relaciones políticas pueden compararse a los de una guerra de conquista o de asedios, igualmente pueden señalarse otros en los que los acuerdos y tratados políticos firmados con los poderes musulmanes tenían las mismas consecuencias que la guerra de desgaste: empobrecían y debilitaban a los enemigos. Así, todas aquellas treguas, alianzas o convenios de colaboración en las que se incluía como contrapartida el pago de parias y otras compensaciones económicas, pesaban como una losa sobre el desarrollo y la estabilidad económica de al-Andalus, y erosionaban las líneas de resistencia material de la población andalusí. Se podría recordar, a este respecto, que el califa almohade Abū l'Alā firmó treguas anuales con Castilla entre 1227 y 1229 en las que se comprometió a pagar más de 600.000 maravedíes, a cambio, según el momento, de la neutralidad o del apoyo militar directo de Fernando III en sus aspiraciones políticas frente a otros rivales<sup>24</sup>; que en 1233 Ibn Hūd aceptó un acuerdo en el que se establecía el pago de mil dinares al día para que el monarca castellano no interviniera en el conflicto que enfrentaba al líder murciano con los dirigentes de Sevilla y con el rey de Arjona -Muhammad Ibn al-Ahmar-<sup>25</sup>; que al año siguiente el mismo personaje tuvo que abonar una elevada cantidad -entre 133.000 dinares y 430.000 maravedíes según las diversas fuentes- para detener una campaña de destrucciones emprendida por el rey de Castilla en el valle del Guadalquivir<sup>26</sup>; que Ibn Hūd se obligó a entregar una cantidad importante de dinero -entre 52.000 y 400.000 dinares anuales- a cambio

<sup>21</sup> *Crónica de España*. Cuarta Parte. Cap. XI, fol. 374v.: *CVR*, Lib. XIV, cap. XV, p. 304; *HRH*. Lib. IX, cap. XII; *Rawd al-qirās*, pp. 485-486.

<sup>22</sup> *CLRC*. 67, pp. 140-141; IBN ʿIDĀRĪ AL-MARRĀKUŠĪ: *Al-Bayān al-mugrib fi ijtisār ajbār muluk al-Andalus wa al-Magrib*, tomo II, traducción española de Ambrosio Huici Miranda. *Colección de Crónicas Arabes de la Reconquista*, vol. III. Tetuán, 1954, p. 162 (en adelante *Al-Bayān II*).

<sup>23</sup> *Primera Crónica General de España*, ed. Ramón Menéndez Pidal con un estudio actualizador de Diego Catalán, Madrid, 1977, cap. 1072, p. 748 (en adelante: *PCG*).

<sup>24</sup> *CLRC*. 53, p. 122; *CVR*, Lib. XIV, caps. XIV-XV, pp. 302-303; *Rawd al-qirās*, pp. 485-486; *Histoire des Berbères*, vol. II, p. 235

<sup>25</sup> *El anónimo de Madrid y Copenhague*, texto árabe y traducción por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1917, p. 157; *Rawd al-qirās*, p. 527.

<sup>26</sup> *al-Bayān. II*, p. 162; *CLRC*. 67, pp. 140-141.

de una tregua de seis años firmada tras la pérdida de Córdoba en 1236<sup>27</sup>; que en 1246, en el contexto del vasallaje prestado por el rey de Granada al monarca castellano, aquél se comprometió a entregar un tributo anual de 150.000 maravedíes anuales<sup>28</sup>; o que después de la conquista de Sevilla, los musulmanes de Jerez y de otros núcleos políticos del valle del Guadalquivir tributaron a cambio de la paz<sup>29</sup>.

Así pues, más allá de la hazaña o del valor ciego, la utilización de las relaciones políticas, de los acuerdos de colaboración, de las disidencias internas, del establecimiento de vínculos de dependencia o de las treguas, constituía un instrumento estratégico de primer orden puesto al servicio de la guerra y de la expansión territorial.

2.- El segundo ejemplo cuyo análisis proponemos se refiere al cerco de Algeciras de 1279 organizado por Alfonso X. Como se sabe<sup>30</sup>, en un intento por acabar con las facilidades que desde cuatro años antes tenían los meriníes para atravesar el Estrecho e internarse por tierras castellanas, Alfonso X, contando con el apoyo nazarí, decidió conquistar el puerto de Algeciras.

Las operaciones se iniciaron con un bloqueo naval del puerto que evitase que Algeciras pudiera ser abastecida o auxiliada desde el norte de Africa. A tal efecto se ordenó construir en Sevilla una flota que estuvo compuesta por ochenta *galeas*, veinticuatro *naves*, y diversas *galeotas*, *leños* y *navíos pequeños*, provistas de hombres, armas, vituallas e ingenios. En los primeros días de agosto de 1278 la flota castellana, dirigida por Pedro Martínez de Fe, iniciaba el bloqueo del Estrecho. Para completar el asedio, el rey de Castilla convocó una hueste que habría de cerrar desde tierra el cerco de la población. Ocho meses después de que se iniciara el bloqueo naval, a fines de febrero o principios de marzo de 1279, el ejército castellano se encontraba ya reunido en Sevilla, y en abril las tropas dirigidas por el infante don Pedro asentaban los campamentos ante las murallas de Algeciras.

<sup>27</sup> CLRC. 72-73, pp. 148; *Rawd al-qirāṣ*, pp. 528-529.

<sup>28</sup> PCG. cap. 1070, p. 746.

<sup>29</sup> *Crónicas Anónimas de Sahagún*, ed. Julio Puyol, BRAH, tomo LXXVII (1920), p. 174.

<sup>30</sup> Para el contexto político-militar que dió lugar al cerco de Algeciras y en el que éste se desarrolló véase GARCIA FITZ, Francisco: "Los acontecimientos político-militares de la Frontera en el último cuarto del siglo XIII", *Revista de Historia Militar*, 64 (1988), pp. 9-71; MANZANO RODRIGUEZ, Miguel Angel: *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Madrid, 1992; GONZALEZ JIMENEZ, Manuel: *Alfonso X, 1252-1284*, Palencia, 1993, pp. 112-117; O'CALLAGHAN, Joseph F.: *El Rey Sabio. El reinado de Alfonso X de Castilla*, Sevilla, 1996, pp. 281-297.

Poco a poco se iban cumpliendo unos planes militares que, hasta ese momento, estaban alcanzando los objetivos perseguidos. De hecho, el bloqueo naval, tras nueve meses de persistencia, había conseguido que los de la villa estuvieran "*muy desmayados*" por falta de víveres. El terreno estaba suficientemente preparado para que se iniciara la siguiente fase del cerco, en la que el ejército de tierra debía de intentar el asalto contra las murallas: inmediatamente, las máquinas de guerra construidas a tal efecto comenzaron a castigar los muros de la fortificación "*de día é de noche, é lo más afincadamente que pudiessen*". Cuando se creyó conveniente, se ordenó un ataque general que tuvo que ser suspendido por la gran cantidad de bajas habidas entre los atacantes. Ante la evidencia de que la villa no podría ser tomada a la fuerza, "*dejaron el combatimiento, é trabajáronse de guardar que non entrase en la villa vianda ninguna que les trojesen de fuera por mar ni por tierra*", es decir, que como en otras ocasiones, del asalto se pasaba al bloqueo. Desde el punto de vista militar, el modelo de actuación seguía siendo el mismo que en otros muchos asedios que habían concluido con una capitulación.

Durante los meses siguientes, los asediados combinaron el bloqueo con los ataques a las murallas, pero el sitio comenzaba a alargarse de forma peligrosa: los que estaban en la hueste cumplieron el tiempo de servicio por el que se les había pagado inicialmente, los de la flota llevaban ya muchos días sin recibir la paga y la enfermedad acabó extendiéndose entre los cercadores, especialmente entre los que estaban en los navíos, quienes "*adolescieron de muy grandes dolencias. Ca á muchos dellos, estando en las galeas é non aviendo las viandas, cayéronseles los dientes é ovieron otras muchas dolencias*".

La situación se hizo insostenible. Las tripulaciones enfermas abandonaban los barcos y se trasladaban al campamento, donde la situación era similar, de manera que tanto la flota como la hueste estaban completamente desamparadas. Cuando el emir meriní tuvo noticias ciertas del estado de las naves y de la hueste castellanas, decidió contraatacar enviando una flota. El desastre fue absoluto: los meriníes acabaron con todos los barcos, rompieron el bloqueo del Estrecho y abastecieron Algeciras. El contingente de tierra no tuvo más remedio que levantar precipitadamente el campamento y dar por concluido el asedio<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> Sobre todas estas circunstancias véase *Crónica del rey don Alfonso Décimo*, en **Crónicas de los Reyes de Castilla**, tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, **Biblioteca de Autores Españoles**, tomo LXVI, Madrid, 1953, cap. LXIX, pp. 53-54, cap. LXX, pp. 54-55, cap. LXXII, pp. 55-57 (en adelante: *CAX*); IBN ABÍZAR<sup>c</sup>: *Rawd al-qirāṣ*, pp. 620-621.

Desde el punto de vista militar, el ejército castellano había actuado siguiendo métodos conocidos en los que se combinaban la presión militar y el aislamiento físico de la población para conseguir su rendición. Desde luego, no fueron los factores militares los que en este caso determinaron la suerte de las operaciones. Y es que, en la guerra medieval, como en todas, el resultado final dependía mucho más de las cuestiones organizativas, administrativas y financieras, que del coraje de los guerreros.

Sin duda el fracaso del cerco sobre Algeciras tenía un fundamento organizativo. Los mecanismos de financiación del asedio habían fallado estrepitosamente y la consecuencia inmediata fue el desabastecimiento de la hueste y, por ello, el desarrollo de diversas enfermedades que dejaron inermes a los combatientes ante el contraataque meriní. Como informa la *Crónica*, cuando se produjo la reacción naval musulmana, *"tan poca era la gente que estava en aquellas -en las naves castellanas- é tan lacerados, que ome dellos non cató por se defender, nin pudieron mover ningunas de aquellas galeas donde estavan trabadas con las áncoras"*<sup>32</sup>.

Las razones últimas de este fracaso nos resultan conocidas: a fin de llevar adelante el cerco de Algeciras, Alfonso X había obtenido del reino, en las cortes de Burgos de 1277, dos *servicios* extraordinarios para financiar las operaciones, *servicios* que comenzaron a recaudarse antes de que se iniciara el asedio. Sin embargo, otros asuntos internos del reino de Castilla acabaron interfiriendo gravemente en la recaudación de los mismos. En 1275 había muerto el primogénito de Alfonso X, el infante don Fernando de la Cerda, y se había iniciado un delicado pleito sucesorio entre el segundogénito -el infante don Sancho- y los hijos del fallecido, apoyados por su madre, Blanca de Francia, y por su abuela, la reina doña Violante, hermana de Pedro III de Aragón. En junio de 1278 las Cortes de Segovia reconocían los derechos sucesorios del infante don Sancho, y doña Violante, junto a su nuera y sus nietos, buscaba refugio en la corte aragonesa. Al objeto de neutralizar el peligro que en el futuro pudieran suponer los infantes de la Cerda, don Sancho realizó las pertinentes gestiones ante Pedro III para que intercediera a fin de que su madre regresara al reino y de que los infantes fueran encarcelados. En el curso de las negociaciones doña Violante exigió *"una grand cuantía de aver"* a cambio de su vuelta a Castilla y del abandono de la causa de sus nietos. El infante don Sancho, necesitado urgentemente de dinero, utilizó los fondos que entonces se recaudaban para financiar el cerco de Algeciras. Uno de los principales recaudadores de estos servicios en Castilla y León era el judío *Zag de la Malea*, encargado de enviar las

<sup>32</sup> *CAX*. cap. LXXII, p. 56.

sumas cobradas "á la frontera para mantenimiento de la hueste é de la flota que estava sobre Algecira". Don Sancho ordenó al recaudador, que para entonces tenía ya reunida "una grand cuantía de maravedis para enviar", que le entregase dichas sumas, y así lo hizo. El dinero nunca llegó a la hueste de Algeciras<sup>33</sup>.

Desde Sevilla, Alfonso X intentó poner remedio a la situación pidiendo empréstitos a algunos mercaderes de la ciudad, pero aquéllo no fue suficiente. La gente de los navíos estaba embarcada desde agosto del año anterior y, desde entonces, no sólo no había cobrado lo que le pertenecía, sino que tampoco había recibido "*ningund refrescamiento de vestidos nin de viandas*". El resultado ya es conocido. La financiación había fallado y el cerco no pudo llevarse a término. En esta ocasión, la adversidad que sufrió Alfonso X venía a demostrar que el fracaso en la guerra no sólo era cuestión de incapacidad técnica o armamentística, de errores tácticos o de falta de vigor físico, sino también de la inexistencia o la disfunción de una administración financiera cuidadosa y eficaz.

3.- Un tercer ejemplo puede servir para ilustrar hasta qué punto el *impulso de la sangre* podía ser totalmente ajeno a las consideraciones militares de un gobernante y cómo la elaboración de planes estratégicos entraba de lleno en sus coordenadas mentales.

A mediados de 1292, Sancho IV puso cerco a Tarifa en un intento de atajar la facilidad con que los meriníes cruzaban el Estrecho<sup>34</sup>. Contando con el apoyo naval aragonés, genovés y granadino, los castellanos consiguieron la rendición de Tarifa entre septiembre y octubre de ese mismo año. Sin embargo, poco después los meriníes reaccionarían asediando la nueva posesión castellana durante la primera mitad de 1294. El intento de recuperación se saldó con un fracaso, pero puso de manifiesto que mientras que Castilla no controlase también el puerto de Algeciras, el paso seguía estando expedito para los norteafricanos.

A fin de hacer frente a esta eventualidad, los hombres que se habían encargado de la organización de la defensa de la frontera durante los últimos meses, Juan Mathe de Luna y Ferrand Pérez Maimón, presentaron, con fecha de 17 de septiembre de 1294, un plan pormenorizado para tomar Algeciras<sup>35</sup>. En primer lugar, trataron de

<sup>33</sup> *Ibidem*, cap. LXXI, p. 55.

<sup>34</sup> *Crónica del rey don Sancho el Bravo*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo LXVI, Madrid, 1953, cap. IX, p. 86.

<sup>35</sup> El documento fue publicado por GAIBROIS DE BALLESTEROS, Mercedes: "Tarifa y la política de Sancho IV de Castilla", *Boletín de la Real Academia*

demostrar la trascendencia estratégica del dominio sobre el puerto y, en consecuencia, intentaron convencer al rey de que todos los esfuerzos económicos que habrían de desarrollarse merecerían la pena en función de la magnitud del logro. Una vez tomada Algeciras, los servidores del monarca castellano entendían que se habrían alcanzado dos objetivos políticos y militares de primer orden: de un lado, el reino sería "*guardado de todos los enemigos de allend la mar*"; de otro, no menos importante, los enemigos "*de aquende*" quedarían a merced de Sancho IV. El plan resultaba muy costoso, pero después de todo -argüían los organizadores- el monarca llevaba tres años costearo la guerra en el Estrecho y ahora se trataba de mantener los sacrificios financieros durante unos meses más. Una vez conseguida la anexión de Algeciras, se estimaba que los castellanos se verían libres de mantener y costear una flota que controlase el paso de tropas desde el norte de Africa, puesto que tal empeño sería inútil si no se dominaban los puertos. Ello quería decir que, a medio y largo plazo, la inversión realizada en la conquista de Algeciras resultaría rentable en términos económicos. Por el contrario, si los musulmanes continuaban ocupando aquella posición, todos los esfuerzos que realizara la flota castellana y todos los recursos empleados -los propios y los de otros reinos vecinos, como Francia y Aragón, eventuales aliados de Castilla- serían insuficientes para impermeabilizar el paso del Estrecho: bastaría con que la vigilancia flaqueara durante 4 días de los 365 del año, para que los musulmanes hicieran durante ese tiempo el mismo daño que si controlasen el Estrecho todo el año. El diagnóstico final no podía ser más expresivo: bloquear el paso con una flota era insuficiente "*si non sacardes diente con su dolor*". Había, pues, que cercar y tomar Algeciras.

El proyecto presentado a tal fin preveía el desarrollo de dos fases de actuación que denotaban un claro sentido del valor de la administración del tiempo y de los recursos. Durante la primera fase, que habría de extenderse durante ocho meses -entre septiembre de 1294 y marzo de 1295-, una flota tendría que mantener cortadas las comunicaciones entre Algeciras y el norte de Africa. Para ello se proponía el alargamiento de los plazos de servicio de las naves que habían intervenido, durante la primera mitad del año 1294, en el levantamiento del cerco meriní sobre Tarifa y que todavía a mediados de septiembre estaban en el Estrecho: 15 naves aragonesas, 3 genovesas y 9 castellanas<sup>36</sup>. A este respecto, parece que el mayor problema podía

---

de la Historia, tomo LXXVII (1920), doc. 31, pp. 212-215.

<sup>36</sup> Sobre esta cuestión véase GARCIA FITZ, Francisco: "La defensa de la frontera del Bajo Guadalquivir ante las invasiones benimerines del siglo XIII", *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, ed. M. García-

plantearlo el reino de Aragón, por lo que se insistía en que un enviado especial de Sancho IV se personase en aquella corte para que el monarca aragonés aceptase que sus barcos permanecieran al servicio de Castilla al menos hasta marzo de 1295 y, a ser posible, durante todo el verano de aquel mismo año.

En previsión de que esta última parte del plan inicial fracasase, Juan Mathe y Fernán Pérez aconsejaban que, "*a grand priesa*", el rey de Castilla mandase construir 20 *galeas* que, junto a otras 10 que se habían armado ya en Sevilla, estuviesen dispuestas para relevar a las aragonesas y genovesas en abril de 1295. Se preveía que estas 30 *galeas* habrían de estar en servicio entre los meses de abril y septiembre de 1295, momento para el que Algeciras ya tendría que haber sido tomada. El informe detalla también el armamento necesario para estas naves -200 porras, cuantas hojas de hierro y *gorgueras* se encontrasen, 100 pares de *lameras*, 240 espadas y cuchillos, 360 lanzas, 360 *dardos*, 100 ballestas e hilo para sus 100 cuerdas, arcos de saeta de estribo (sin especificar), 20 arcos de saetas de dos pies-, el personal encargado de la fabricación de una parte de las armas -2 *maestres* para la construcción de escudos y *capiellos*, 4 judíos para la elaboración de *perpantes*-, algunos de los efectivos para la navegación -100 hombres de mar-, material diverso para el mantenimiento de los barcos -10 quintales de clavos "*de todas naturas*", 36 arrobas de pez, 12 arrobas de estopa, 61 arrobas de sebo, cuantas *sacias* hubiera, 8 *entenas*- y los víveres -10.000 arrobas de bizcocho al mes-.

Si el bloqueo marítimo de Algeciras se llevaba a la práctica durante los primeros ocho meses citados -de septiembre de 1294 a abril de 1295-, hacia este último mes los habitantes y guarnición del castillo estarían hambrientos y prácticamente serían incapaces de defenderse. De hecho, la única forma de abastecer la villa y la fortaleza sería desde tierra y mediante recuas, y ya en septiembre de 1294, antes por tanto de que se iniciase el bloqueo, los almogávares castellanos estaban dificultando la llegada de víveres hasta tal punto que el precio de la fanega de cebada había llegado a unos niveles tan altos que buena parte de la población había emigrado al interior del reino de Granada, permaneciendo únicamente los "*caballeros asoldados*". Si la situación era así en septiembre, "*¿qué carestía non puede haver adelante pues le fuere tenida la mar fata el Abril que viene?*", se preguntaban los organizadores del plan.

La segunda fase del cerco sobre Algeciras habría de iniciarse el primero de mayo de 1295, cuando un ejército de tierra debía de asentar los reales ante sus murallas. Esta hueste tendría que estar compuesta por las fuerzas de los ricos hombres, por los vasallos del infante don



Fernando y por los de otros miembros de la familia real, así como por las milicias de los concejos de las Extremaduras y de la "tierra de León", y por otros contingentes que procederían de la *Frontera*. Para que los efectivos de las ciudades extremaduranas y leonesas estuviesen a tiempo, el rey debería aprovechar todo el invierno anterior para cazar por aquellas comarcas y convencerles de la necesidad de su participación.

Por otra parte, el plan establecía que la llegada de estos contingentes habría de ser escalonada, de forma que una primera "quadrilla", integrada por la mitad de los efectivos, se incorporara al cerco en los momentos iniciales y permaneciera en él hasta que cumpliese su servicio -un tiempo no especificado, pero que podemos suponer en torno a los 3 meses-, mientras que una segunda la relevaría al cabo de ese tiempo, de forma que si para entonces Algeciras hubiera sido conquistada, su fuerza se emplearía en la anexión de otras plazas.

Desde el momento en que el asedio se hubiera formalizado -a principios de mayo de 1295- comenzarían los ataques contra las murallas, para lo cual se contemplaba que la hueste emplease diversos ingenios -no especificados- y practicase cavas para derribar torres y murallas.

Los organizadores de este plan de conquista no se limitaban únicamente a señalar las fuerzas navales y terrestres necesarias para el cerco y a marcar las fases y ritmos de llegada y actuación, sino que también informaban al monarca de los costos estimados de tales operaciones: la permanencia en el Estrecho de los barcos aragoneses, genoveses y castellanos entre septiembre de 1294 y marzo de 1295 costaría 1.471.000 mrs.; los seis meses de servicio de los 30 barcos que mantendrían el bloqueo marítimo entre abril y septiembre de 1295 supondrían, a razón de 8.000 mrs. por nave y mes, 1.440.000 mrs.; los ingenios y los trabajos de elaboración de cavas alcanzarían un coste de 250.000 mrs. Sólo en estos conceptos, Sancho IV debería de invertir más de 3.000.000 de mrs., no contabilizándose en estos cálculos el dinero necesario para el reclutamiento y mantenimiento del ejército de tierra, asunto éste que Juan Mathe y Fernán Pérez no contemplaban en su informe.

Es evidente que el proyecto para la anexión de Algeciras era incompleto: sus autores se centraron de una forma mucho más detallada en las previsiones referidas a la ordenación y financiación del bloqueo marítimo que en el posible desarrollo posterior del cerco desde tierra. No obstante, analizado en conjunto, el plan pone de manifiesto que ningún aspecto de la organización de la guerra quedaba al azar y que todo estaba previsto con muchos meses de antelación. Sólo la muerte del rey en abril de 1295 impidió que se llevara a cabo.

Después de todo lo indicado, creemos que resulta difícil seguir manteniendo que la estrategia había desaparecido de los campos de batalla del Occidente cristiano después de la caída del Imperio Romano, o que los guerreros o líderes de la Edad Media estuvieran dotados de un cerebro pequeño para no estorbar el desarrollo de sus músculos. Aquellos hombres no hicieron sino adaptar su forma de hacer la guerra a los condicionantes económicos, sociales o institucionales de su tiempo, pero aprovecharon todos los medios que tenían a su alcance, no sólo militares, sino también políticos, para imponer su voluntad a sus adversarios. Y ésto, según André Beaufré, se le llama *Estrategia*. Igualmente tuvieron pleno sentido de la previsión y de la planificación a la hora de ordenar sus actividades militares. Y a ésto, según Clausewitz, también se le llama *Estrategia*. Habría que concluir, pues, parafraseando a Guenée y afirmando que la pregunta en torno a si existió o no *estrategia* medieval está mal planteada, pues responde a determinadas ideas preconcebidas, y que lo verdaderamente relevante, en orden al conocimiento de esta parcela de la vida medieval, sería analizar cómo los líderes militares desarrollaron la estrategia en cada circunstancia concreta.